



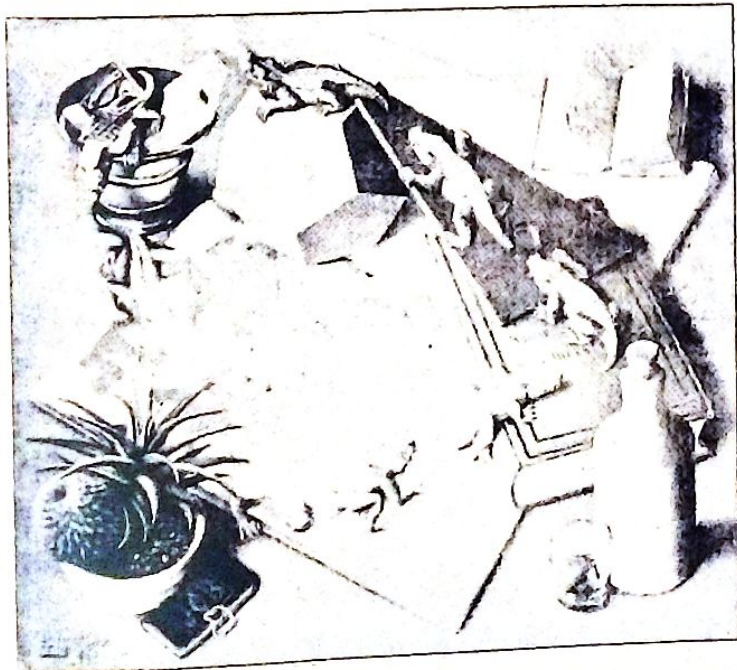
## Con los ojos cerrados

Y caminó hacia el acantilado pero antes de llegar, allí sobre la roca en forma de pera vio un lagarto tomando el sol. Se detuvo porque nunca había visto un lagarto tan grande; chelcos sí, o lagartijas rápidas y plateadas pero nunca un animal tan grande y no sintió miedo sólo sorpresa. El lagarto era gris o no, quizá fuera verde, verdoso, un verde mezclado, verde mineral más que animal, laqueado, como de manteca. No, era el sol el que hacía eso: el sol se posaba sobre el lomo y el cogote del lagarto, se derramaba como miel, como si tuviera manos y lo acariciara, el sol, el sol mismo, sobre el lagarto.

Pensó que el lagarto ocupaba un lugar importante en el mundo; pensó que calzaba como calzan las piezas de un rompecabezas, encontrando su forma fuera de sí mismo y entrando ahí como quien entra a la cama abrigada en el invierno, sólo que las cobijas son blandas y cambian de forma mientras que el lugar del lagarto tendría siempre la forma de un lagarto, sin arrugarlo, sin cambiar, sin ondear ni adaptarse, la forma de un lagarto sobre la roca en forma de pera tomando el sol.

Es perfecto, se dijo, hay un lagarto que toma el sol, enorme, no el sol sino el lagarto, hay en él toda la perfección del universo, que es un pensamiento antiguo y desacreditado, todo el universo en una gota de agua, la nervadura de una hoja como la galaxia; pero la forma, la curva, la manera en la que el lagarto pone su verde al sol para que el sol se la derrame encima, eso es perfecto y necesario, no podría ser de otra manera. Y entonces dejó que sus ojos, los ojos de ella que iba hacia el acantilado, reposaran un momento en la verde perfección aerodinámica del lagarto que tomaba el sol. Gris, tal vez gris y brillante pareciendo verde, o tal vez no fuera un lagarto sino un camaleón, en el momento en el que el buche del animal se hinchó, se desplazó, vino a ocupar otro pedazo del lugar curvo, el suave vacío en espera del lagarto tomando el sol, como un gluglú como el del agua quieta que encuentra una salida y allá va, se precipita pero la salida es imperfecta, estrecha y anfractuosa y no le permite bajar con fuerza y rugir: sólo le queda ese sonido entre líquido y rabioso, que golpea contra las paredes escamosas del animal.

Esa que la piel, eso que lo recubre, eso que el lagarto pone al sol y en inmovilidad espera, la piel brilla, reduce con un chispeo de pequeñas lumbres que el sol saca desde muy adentro. El sol, para el lagarto debe ser como mil lanzas obedientes, exiguas, muy sabias que buscan, dentro de la carne del lagarto, la fuerza para hacer brillar la piel, y el lagarto debe sentir como una caricia, algo como un halago o una blandura, eso que lo hace quedarse inmóvil, poniendo toda la piel al sol, esperando que la luz lo surja de adentro como el indicio de un color, y el sol cumple y entra despacio, todo manos, todo dedos, buscando la luz ahí



donde todo está oscuro, ahí donde la naturaleza decreta que no hay más que el secreto de los hombres y de los lentos movimientos del instinto.

La piel entonces del lagarto es como un taracado de piedras minuciosas diminutas gracias al sol y a eso que el lagarto siente tendido ahí sobre la piedra en el camino al acantilado. Por eso cierra los ojos, porque si los abriera, el brillo acuoso de los ojos que miran, que ven, que divisan haría retroceder el sol y las manos los dedos las lanzas se irían dejando un frío oscuro, una noche interna en la vasta marea de la sangre que se mueve dentro del lagarto inmóvil. El lagarto no se mueve: está, definitivo, ocupando el lugar que debe ocupar en el mundo, verde, gris piedra, verde tronco, camaleón quizá, el buche inflado gorgoteante como un canto subterráneo, opaco en su tozudez, en su no querer moverse para no borrar el color perfecto que sale de toda su carne tocada por el sol. Gris piedra, verde como el canto de una hoja que no llega a ser verde, el color se desliza por los flancos redondeados lisos como un vientre ajeno cayendo hacia su propio vientre de lagarto, un vientre pluno de lagarto al sol que se va haciendo blanco a medida que entre en contacto con la piedra gris, la panza se le apoya en lo duro y áspero, en el tacto arenoso y tan antiguo de una roca que ha estado ahí durante incontables generaciones de lagartos hasta que llegará este, perfecto en su forma y en su color, a ocupar el lugar que estaba vacío, de un lagarto tomando el sol.

Para que ella lo viera tal vez. Para que ella lo viera y reflexionara sobre la perfección del mundo, pensara que el tiempo tal vez hiciera que ella como el lagarto encontrara un lugar perfecto que no sería, tal vez, el que había elegido. Para que ella lo viera y mirara los ojos cerrados, párpados sin embargo casi transparentes, translúcidos grises como la piedra, como el tronco a pesar de estar al sol ellos también cubriendo los ojos acuosos para que de ninguna manera asaltaran el otro brillo, el de la piel que delimita la forma del animal en su lugar. Para que ella lo viera y se deluviera al sol nunca perfecta, tal vez impaciente, tal vez nunca terminado ese lugar en el que tal vez tendría que haber toda ella aunque no pusiera, porque no quería, la piel al sol. Tal vez.

Para que ella lo viera y pensara en el cristal y en la luz, un lagarto, el lagarto al sol ocupando su lugar en el mundo, no era como el cristal, de eso ella se daba cuenta. No era como el cristal, era por el contrario, más blanco y más aceptable. Pero si era como la luz intenso, inevitable, eficiente e indiferente. Estaría allí cuando el mundo estallara, cuando el sol de apagara; y cuando la sombra invadiera lo que antes había sido color y bullicio, el lagarto como la luz se iría en busca de su lugar, ese lugar que se habría desplazado, que ya no estaría contra la roca en forma de pera sino en vaya a saber qué horizonte de esquinas impensadas. Allá, lo que se dice allá en otro lugar pero siempre estaría inmóvil y certero, haciendo gala de su presencia verde y blanda tocada por los dedos de un sol amarillo que despierta en gris roca y tronco, en verde de la piel ágil, tenue barrera entre el hueco del mundo y el tibio adentro de un animal rugoso en silencio a ojos cerrados.

Se preguntó, como de lado y sin hacer frente a la pregunta, se preguntó qué le había hecho a ella ese animal al sol, el lagarto perfecto en un lugar de luz que lo horadaba como un chorro de un color invasor que no era el de él, ni era el de ella, el color blanco y caliente de un sol derramado en riente catástrofe sobre las rocas antes del acantilado. Lo recorrió una vez más, con los ojos abiertos ella, muy abiertos contra la luz de un día de casi verano, y se preguntó por su propia postura, por la manera que tenía de sentarse de ponerse de pie, de acostarse, por la manera que tendría ella de ponerse al sol y esperar, inmóvil de ojos cerrados hasta sentir que ella también calzaba en el mundo.

Se dijo que no, que no le era posible, que ya era tarde y que tenía que seguir hasta el acantilado. Cosa que hizo, claro, pensando en la panza blanquecina del lagarto al sol, en el color necesario para hacer que el brillo surgiera desde adentro y prestara al animal, como no podría jamás prestarle a ella, el peso, la forma, el impulso que le hacía falta para calzar en algún lugar del mundo. Pienso en los insectos bajo las hojas de la gramilla, en los borrachos sentados en los taburetes de un bar, en las monjas de clausura detrás del torno, en los pálidos estudiantes de los libros sagrados, en los peces ciegos del mar profundo, en los mineros, casco, pico, luz en la frente, ennegrecidos en los túneles; en las momias, en los atletas, en los penitentes mientras el lagarto tendido en la roca en forma de pera, ausente tomaba el sol sin saber sin importarle por qué habría de importarle, qué haría ella que iba hacia el acantilado, iba, iba después de haberlo visto, de haber pensado que un lagarto tomando el sol ocupa en este mundo un lugar necesario y perfecto.

Angélica Gorodischer. 1928. Narradora argentina. Autora de numerosos libros. Participó del II Encuentro Latinoamericano de Escritoras (La Paz -Bolivia, 2003)